

# LA ESPADA DE D. SIMPLICIO.

PERIÓDICO ESCRITO POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO.

TOMO I.

LA MEJOR RAZON LA ESPADA.

DIJERE. 29

## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

LA ESPADA DE D. SIMPLICIO se publica todos los días á las siete de la mañana, excepto los domingos. A los repartidores se les dará á seis reales cien-  
to, y á un octavo de real el ejemplar puesto en las ca-  
sas de los suscritores.

Se suspende y no admiten las suscripciones en la im-  
prensa del CENSO, calle de Océano número 10.

## LAS VERDADERAS Y LAS FALSAS DOCTRINAS.

Constantes y terribles son los tiros que los modernos educadores del jéne-  
ro humano dirijen á esa divina Reli-  
gion cristiana que apareció en el mundo  
para iluminar el corazon de la desdichada  
raza de Adán, en el momento mismo en  
que esclava de las pasiones y de los vicios  
parecia haberse olvidado de la alta misio-  
n para que fué criado el hombre.

Ogulosos esos impios educadores y  
queriéndose sobreponer á todos los in-  
dividuos que leen sus empozonadas  
obras ó escuchan sus seductoras cuanto  
perigosas palabras, quieren destruir  
con sus máximas halagadoras que de-  
jan al hombre en la libertad de obrar  
el mal ó el bien sin responsabilidad  
ninguna ante el Eterno, la salvadora  
doctrina del Crucificado que forma la  
sólida educacion del católico; educacion  
atractiva para el que no quiera descer-  
der hasta el grado de nivelarse con los  
seres irracionales; pues á este extremo  
conducen las pasiones en el seno de  
la Religion: educacion de armonía com-  
pleta y jeneral, de fraternidad, de amor  
y de igualdad, principales, ó mejor di-  
cho, únicas columnas en que descansar  
debe el edificio social.

Para conseguir, pues, esos falsos filó-  
sofos el triunfo de sus satánicas doctri-  
nas, empuñanse, como dijimos en otro  
artículo en ridiculizar los actos de sal-  
vadora fé, que norrián la marcha del  
católico por un camino seguro, y á la  
Iglesia de Cristo quieren sustituir con  
iglesias inventadas por los hombres:  
burlarse de los católicos porque creen  
en altos y sorprendentes milagros que  
tienden al bien jeneral, y han dado lu-  
gar á que separándose algunos de la  
comunion católica den crédito á abur-

dos vergonzosos que están en pugna con  
esa Diosa Razon á quien rinden un  
ciego y prolongado culto. Ahí está si  
alguno dudare de nuestra verdad la igle-  
sia de los *beguinos* y *beguinas* de que  
con tanta exactitud y minuciosidad ha-  
bla Daniel Wurtg. Si, ahí está, repeti-  
mos esa iglesia de los *beguinos* y *beguinas*  
que cuenta en varios departamentos  
de Francia con un número crecido de  
creyentes: departamentos entre los que  
figuran el del Rodano, el del Sena, y  
del Loira superior; y en los cuales esos  
que no creen en los milagros que ense-  
ña nuestra religion y de los cuales se  
mofan, adoran con la mayor ceguedad  
y fé al ex-almadrero Digonnet, á pe-  
sar de haberle hecho encerrar los tres  
años en una cárcel al profeta-dios,  
después de haberle condenado.

Pero no es esto solo; esos que tratan  
de sobreponerse á la jeneralidad de los  
hombres, y que para crearse un lugar  
distinguido, y recibir cierta adoracion  
del vulgo á quien han logrado estraviar  
se juzgan exentos de las que ellos lla-  
man preocupaciones religiosas, que se  
burlan de los sábios profetas á quienes  
la Iglesia de Cristo reverencia, y que se  
mofan de toda religion y de toda creen-  
cia, pagan tributo y adoracion á otra  
divinidad forjada por ellos, á ese dios  
que han creído llamado *Estado* y que es  
como dice un escritor la ridícula pagoda  
á que se dirijen los racionalistas conser-  
vadores y los racionalistas revoluciona-  
rios con el fin de obtener, aquellos la con-  
servacion de lo que existe, y una refun-  
dicion social los últimos.

Si, esa divinidad llamada *Estado*, es,  
para esos racionalistas, la Religion, el  
Dios, el todo, y delirando siempre,  
han escrito sistemas los mas absur-  
dos, llevando hasta la supersticion  
el respeto y la esclavitud que le con-  
sagran; de suerte que, huyendo de las  
que ellos llaman supersticiones han cai-  
do en otras que no son ni las menos  
perigosas, y que por el contrario es de-  
temerse lleguen á trastornar la paz de  
las naciones, y á destruir las columnas  
del edificio social levantadas por el  
cristianismo.

Preciso es convenir en que bajo este

punto de vista el Siglo XIX está en  
competencia con los que le han prece-  
dido, en que no estamos menos afano-  
sos de milagros y altos misterios de lo  
que no estaban nuestros antepasados,  
y que entiviar ó hacernos perder del to-  
da la fé que tenemos á los misterios y  
á los milagros que nos revela la Iglesia  
católica, es ponernos á merced de vi-  
sionarios ridículos, de filósofos sin mor-  
tal, y de incrédulos en política y es-  
religion que pretenden dirijir á las so-  
ciedades por el camino en que ellos  
puedan engrandecer y medrar.

Si existiera en esos racionalistas si-  
quiera un ápice de lo que se llama ra-  
zon, razon tranquila, filosófica, reflexi-  
va y profundamente caracterizada del  
verdadero filosofismo, esto es, del cono-  
cimiento exacto de la verdad, llegarían  
á conocer que nuestra inclinacion á los  
misterios, no es mas que una necesidad  
de la naturaleza, una órden imperiosa  
un impulso sobrenatural que eleva  
nuestro ser á las regiones de lo incom-  
prendible, de lo salvador, de lo grande,  
de lo eterno: comprenderían que esa in-  
clinacion á los misterios y á los mila-  
gros era innata en la criatura; el princi-  
pio de nuestra grandeza; la señal carac-  
terística que nos distingue de los irra-  
cionales y que contraria esa tendencia  
tan natural y tan imperiosa, en vez de  
dirijirla, es violentar nuestra existencia,  
amargarla, contrariar nuestra constitu-  
cion moral, y empeñarse en labrar el  
envilecimiento y la degradacion de la  
especie humana.

Los actuales educadores de la socie-  
dad; los que se mofan de toda verda-  
presentándola como falsa; y predicar  
el engaño y la mentira como princi-  
pios infalibles y salvadores, no han he-  
cho, como dice un autor frances, mas  
que revolver los baratillos de Rousseau  
y de los racionalistas de todas las épo-  
cas, cuando os han dicho de mil modos  
diversos: la filosofia es la luz de las lu-  
ces la autoridad de las autoridades, la  
autoridad única... La razon, ahí te-  
neis lo que constituye el necesario media-  
dor entre Dios y el hombre... he ahí el  
único mediador el revelador verdadero.  
El hombre no debe considerar como cier-